

“SI EL CAMPO TRABAJA, NOSOTROS TRABAJAMOS”

Luis y Fernando Ferreyra

Los orígenes

Luis: Nací en Necochea, Provincia de Buenos Aires, el 3 de marzo de 1947, hijo de Patricio Ferreyra y Rosa Ricciuti. Tengo una hermana seis años mayor, Dora.

El mío fue un hogar de clase media, con un padre constructor de obras civiles. Él empezó como albañil, sin estudios, y fue progresando porque quería que sus hijos tuvieran educación. De chico, me llevaba a las obras y yo le daba una mano con el trabajo.



La fábrica.



Interior de la fábrica.

Tras terminar mis estudios primarios en Necochea, decidí que lo mío era más el trabajo que el estudio. En lugar de empezar la secundaria, a los trece años, entré como empleado en un taller mecánico.

Tras trabajar allí durante tres años, comencé a realizar tareas de herrería en forma independiente. Luego, me contrataron como contratista para un montaje muy importante en General San Martín, Provincia de La Pampa. Esa misma empresa luego me contrató para otro trabajo de gran envergadura en Puerto Quequén.

Así, de a poco, se fue encaminando mi trayectoria industrial. Mis inicios laborales en el sector se remontan a un local que me prestó mi padre. Allí empecé a hacer algunas norias y unas máquinas para movimiento del cereal. También nos dedicábamos a todo tipo de montajes y reparaciones.

Tuve que pasar por las distintas etapas de la economía argentina. El Rodrigazo fue un golpe mortal. Tuve que vender propiedades y empezar de cero. Pero, como siempre, las ganas y la fuerza de trabajo pudieron más y logré rearmarme.



Cooperativa Agropecuaria Gral. Necochea (La Ballenera 01).

Al poco tiempo, compré un terreno y construí un taller de unos 200 m² cubiertos. Arranqué con cuatro o cinco empleados. Como el trabajo seguía fluyendo con más pedidos y más obras, armé otro más grande en Quequén. Nos mudamos allí en el '83. Eran tres galpones con 1500 m² de superficie.

En el '85, una firma me contrató para el montaje de unos silos. Fue un momento bisagra: a partir de ese proyecto, nos fuimos especializando en el rubro.

A la par que iba creciendo en el orden laboral, también fui armando mi propia familia. Me casé con Soledad Cristina, y pronto llegaron los dos chicos: Fernando, en 1973 y Natalia, en el '77.

Segunda generación

Fernando: Nací el 16 de mayo de 1973 en Necochea. Tras cursar la primaria en la Escuela N°3, empecé mis estudios secundarios en una escuela técnica. Me gradué con el título de técnico electromecánico.



Cooperativa 100.

Mientras fui estudiante, durante las vacaciones de verano, daba una mano en el taller. Así me fui formando en el oficio y aprendiendo sobre la administración de la empresa.

En el '92, tras terminar el secundario, fui a estudiar Ingeniería Mecánica a la Universidad Nacional de La Plata. Me recibí en septiembre del '97. Luego hice un posgrado en acero inoxidable en La Plata. Cuando terminé, me volví a Necochea a trabajar en la empresa familiar. Entré en una época de pico de actividad, cuando teníamos un plantel de unos cincuenta empleados.

Algunos años después, nos tocó enfrentar la crisis del 2001.

Pudimos sobrellevarla porque acomodamos la infraestructura de la fábrica hacia el rubro de mantenimiento de plantas, que había caído menos que la fabricación. Incluso en tiempos de grandes dificultades, las empresas tienen que seguir haciendo un mantenimiento básico a sus fábricas o talleres.

La empresa, hoy

Luis: Tras la devaluación, llegó una época de auge del campo. En 2003 y 2004, cuando la soja tenía precios altísimos, tuvimos uno de nuestros mayores picos de actividad.



El Pinar del Moro S.A.

Un cliente nos encargó una planta de sesenta mil toneladas. Movíamos un promedio de mil cien toneladas de acero procesado.

Hoy somos una empresa metalúrgica con más de cinco décadas de experiencia, referentes en la fabricación de silos y elementos para manipuleo en almacenaje de cereales.

Trabajamos en nuestro taller de Quequén, con un plantel de treinta empleados, en un espacio de 4.000 m² cubiertos.

La mayor parte de nuestros silos son para soja. En segundo lugar, el trigo. Y después otros cereales, como cebada, maíz y girasol.

Fernando: Al ser una PyME, todos hacemos un poco de todo. Pero yo me especializo en la parte técnica, en los presupuestos y en las supervisiones de obra.

Natalia, que es contadora, se ocupa del área administrativa, contable y de recursos humanos.

Luis: Nuestro diferencia principal con respecto a nuestros competidores es la calidad de nuestros silos y de nuestro servicio de posventa. Cubrimos a nuestros clientes ante cualquier problema que puedan tener en el futuro. Tenemos una excelente relación con nuestros clientes. Cliente que compra, vuelve.



San Agustín Cereales S.A.

Fernando: Nuestras molduras resisten mejor al peso que lo que ha logrado la competencia de nuestra área. Además, hacemos por fuera todos los parantes estructurales, de modo que el silo sea más limpio en su interior y que no se genere acumulación de granos o focos infecciosos que pueden afectar el contenido que se guarda en ellos.

Al estar en una zona costera, la corrosión es un problema importante. Todas las piezas de nuestros silos son en chapa galvanizada, para que tengan la misma vida útil de veinte o treinta años, que el silo.

Luis: También nos caracterizamos por una excelente relación humana con nuestro equipo. Se respeta a los empleados y todos cobran siempre su sueldo a tiempo. Hay estabilidad y buen trato. Algunos estuvieron treinta o cuarenta años con nosotros, y comenzaron y se jubilaron en el taller.

Ahora estamos en un nivel medio de actividad, con un cuarenta por ciento de capacidad ociosa. Dependemos mucho del campo. Si el campo trabaja, nosotros trabajamos.

Estamos con esperanzas, porque ya se vislumbran unas semillas de reactivación. Veo la situación tranquila, estoy esperando que mejore un poco para poder usar la gran capacidad ociosa que tenemos.

Fernando: Tenemos una actitud optimista hacia el futuro. Adquirimos unos terrenos en la zona de la circunvalación de Necochea. Cuando la actividad se reanime, tenemos previsto mudarnos a una planta con mayor capacidad. Es un predio de tres hectáreas, donde podemos construir una planta de 6000 m² cubiertos, un cincuenta por ciento más grande que el que tenemos ahora.

Luis: Habitualmente viajo a ferias para mantenerme actualizado en las últimas tecnologías. Fuimos a todas las exposiciones del país, en especial las que tratan sobre elaboración de material. Participé de la feria de Hannover, la más importante a nivel mundial en procesado de chapas.

Nos preocupamos por seguir los últimos avances en materia de tecnología. Hemos importado máquinas de control numérico. Una de nuestras máquinas más importantes la fabricamos nosotros mismos.

El legado

Luis: Entro a la fábrica a las siete, salgo para almorzar y luego vuelvo hasta las siete de la tarde. Los sábados trabajamos hasta el mediodía. Cuando no trabajo, dedico tiempo a volar. Desde los dieciocho años tengo mi brevet de piloto, y con el tiempo llegué a comprarme mi propio avión. Vuelo por la Argentina o por países limítrofes. Generalmente, me acompaña mi esposa.

Cuando la situación lo permite, me voy de vacaciones; mientras sea para cambiar el aire me da lo mismo ir a la montaña o al mar.

Fernando: Me casé con Cecilia Greco en el 2000. Tenemos dos hijos: Tomás, de quince años; y Valentino, de once.

Luis: Natalia, por su parte, es mamá de dos varones: Santino, de nueve años; y Donato, de dos.

Fernando: A mis hijos les gusta la matemática y son buenos dibujantes, así que los veo bien encaminados para la ingeniería y la industria.

Luis: Me produce gran satisfacción que mis hijos estén trabajando conmigo y que mis nietos tal vez se dirijan a ser parte de la tercera generación en esta aventura industrial que emprendí hace medio siglo. Después de todo, la empresa es algo que va a quedar para ellos. Estoy contento: la continuidad está asegurada.